

BIOMEDICA Instituto Nacional de Salud

Volumen 16, No. 3 - Santa Fe de Bogotá, D. C., Colombia - Septiembre, 1996

EDITOR

Carlos Arturo Hernández

COMITE EDITORIAL CENTRAL

Elizabeth Castañeda

Emilio Quevedo

Jorge Raad

Gerzaín Rodríguez

Moisés Wasserman

BIOMEDICA

La revista Biomédica del Instituto Nacional de Salud es una publicación trimestral, eminentemente científica.

Está amparada por la resolución número 003768 de 1981, emanada del Ministerio de Gobierno, y con tarifa postal reducida según resolución número 1128 del 5 de mayo de 1982.

Ninguna publicación, nacional o extranjera, podrá reproducir o traducir sus artículos o sus resúmenes, sin previa autorización escrita del editor.

Ni la revista, ni el instituto asumen responsabilidad alguna por los puntos de vista expresados por los autores.

La revista no publicará ningún tipo de propaganda comercial. Los nombres de equipos, materiales y productos manufacturados que eventualmente puedan mencionarse, no implican recomendación ni propaganda para su uso y sólo se mencionarán como identificación genérica.

INSTITUTO NACIONAL DE SALUD

Avenida Eldorado, carrera 50
Apartado aéreo 80334 y 80080
Zona 6, Santa Fe de Bogotá, D.C., Colombia S.A.

EDITORIAL

Palabras pronunciadas en el lanzamiento del libro Lepra, Academia Nacional de Medicina, Santa Fe de Bogotá, 5 de septiembre de 1996

Nos encontramos hoy en un mundo en el cual el dicho de que *el mundo es un pañuelo*, se ha vuelto literalmente verdad. Hoy, podemos sentarnos en nuestro escritorio, en nuestro computador, y comunicarnos con nuestro par científico en Tokio, París, Nueva York, o donde queramos. Incluso, desde nuestro computador podemos comunicarnos con el compañero de oficina que está en el escritorio de al lado y hacerlo sin mirarlo, como si estuviésemos sentados juntos; podemos realizar conferencias múltiples, navegar por el ciberespacio, leer documentos que están a miles de kilómetros como si los tuviésemos físicamente al frente, recibir la foto de nuestro sobrino recién nacido en un país lejano y muchas otras cosas inimaginables hace cinco años. En un ambiente así, parecería que el libro no tiene sentido y que podría desaparecer sin ningún trauma para la humanidad. Más aún cuando, podemos ver y consultar los libros en la pantalla del computador desde cualquier biblioteca por medio de nuestro mecanismo electrónico.

No obstante, la aparición de un nuevo libro constituye un hito en la historia de la humanidad; sigue siéndolo y creo que lo será durante mucho tiempo. La aparición de cada nuevo libro es, en primer lugar, un hito bibliográfico. No hay mayor placer, para un bibliómano, que poder tenerlo en sus manos; reemplazarlo por una pantalla de computador o por una hoja de formas continuas, es como cambiar una deliciosa y caliente sopa de cebolla con queso, tomada en pleno invierno en un restaurante del Barrio Latino de París, por una píldora de proteínas, seguramente más alimenticia, pero, fría, sin sabor y sin olor. Es exactamente lo mismo: es perder el olor del libro nuevo y no poder saborear su formato, su color, su peso, la textura del papel, de la pasta. Es sentir el placer de colocarlo en la biblioteca en relación con nuestro orden personal, como si viniera a llenar ese espacio vacío que estaba esperándolo desde siempre.

Cuando hablo de estas cosas, siempre se me viene a la mente la imagen que bellamente presenta Umberto Eco en su libro *El nombre de la rosa*, cuando dice: "una biblioteca es una conversación entre libros"; es realmente la posibilidad de que se dé el encuentro de múltiples personas, ideas, épocas, concepciones del mundo, cronologías

y cosmologías. Eso solamente es posible a través del libro físico. En el computador sólo está el texto y esa es apenas una parte del libro. En la pantalla no podemos devolvemos a mirar la página 25 y saltar inmediatamente a la 52, sin tener que pasar por todas las demás o sin esperar a que el computador las lea para poder llegar a la que queremos. Es no poder gozar el hacia adelante y el hacia atrás; se pueden hacer en la pantalla muchas cosas maravillosas, pero, creo que se pierde el placer del libro físico. Se pierde todo esto que, para un bibliómano, tiene mucho sentido; la pantalla, como la píldora de proteínas es fría. Es como la diferencia que existe entre mirar el original de un Renoir o resignarse con su fotografía.

La aparición del libro no es solamente un hito bibliográfico: es, también, un hito artístico. Es el trabajo de crear una obra de arte desde su pasta hasta sus láminas interiores, desde su contenido hasta el diseño del índice.

El nacimiento de un nuevo libro es un hito científico; es la posibilidad de que nuevas ideas, nuevos resúmenes, nuevas visiones integrales de un tema que ha sido tratado de muchas formas, y en muchos artículos, tenga la concreción de un espacio donde pueda estar todo junto y ser presentado como una unidad del saber. Los compañeros científicos, los pares del investigador, lo pueden recibir. El conocimiento puede circular a través de los mecanismos comerciales y de otros mecanismos, en los que se incluye ya la pantalla. Pero, de todas maneras, no deja de ser el libro, aunque esté en la pantalla. Lo que no está escrito no existe en la ciencia. A este respecto, el doctor Efraim Otero-Ruiz alguna vez publicaba en el *Boletín de Historia de la Medicina*, un comentario muy interesante sobre el descubrimiento de la insulina. Cuando se hizo una celebración muy importante para agasajar a los descubridores de esta substancia, un investigador que se encontraba dentro del público asistente, se paró en la sala y dijo: "Eso que ellos descubrieron yo ya lo había descubierto veinte o más años atrás". Ese investigador había trabajado con extractos de páncreas de perros y había demostrado su efecto sobre la glicemia; pero, en vez de publicar sus resultados, depositó sus cuadernos de notas en un sobre lacrado en la Academia de París, por si algún día pudiese ser importante. Otro personaje presente en la celebración le replicó: "Pues, si lo que usted dice es cierto, usted es el culpable de todas las muertes de todos los diabéticos desde hace 25 años para acá, porque nunca dijo nada y nunca publicó nada". Realmente, en la ciencia existe lo que está publicado y la publicación es la forma como el conocimiento llega al público y se reproduce.

Un libro es también, siempre, un hito educativo. La posibilidad de acceder al conocimiento de una manera compacta, en un volumen que recoge múltiples experiencias, múltiples saberes de muchas personas que están aglutinados en un libro, o que recoge y resume la trayectoria de un investigador, es siempre un hito educativo. Es la posibilidad de que alguien recorra, de un solo vistazo, con la lectura de 250 páginas, la historia de trabajo de un individuo que ha gastado 30, 40 o 50 años produciendo esos conocimientos. Pero, también escoger escribirlo de una u otra manera para presentar al público un conjunto de ideas, es siempre un acto educativo.

Al mismo tiempo, es un hito personal, porque publicar un libro es un mojón en la vida de cualquiera de nosotros. Puede ser el primero, el tercero, el quinto o el último; siempre es un hito porque marca un momento de la vida de alguno de nosotros; marca un acto de creatividad humana y es el resultado de un trabajo intenso y de un período de dedicación al estudio y a la investigación de un tema determinado. Aunque, a veces, cuando el investigador sigue adelante y está pensando en hacer otro libro, ya lo que hizo atrás, posiblemente ya no le guste; y, cuando los estudiantes llegan a preguntarle sobre lo escrito en su libro, dice "eso ya no lo creo". Pero, no importa, porque ese libro anterior constituye un parapeto a partir del cual el investigador sigue trabajando y avanzando. El libro marca siempre un hito en la vida personal.

Recuerdo hoy el mes de agosto de 1968, cuando como estudiante de la Facultad de Medicina del Colegio Mayor del Rosario, inicié el IV semestre y mi primera clase de microbiología, después de la de patología con el doctor Gabriel Toro González, fue con el doctor Gerzaín Rodríguez. En ese momento, aunque muy joven, era ya un investigador; uno de los pocos, si no el único que trabajaba con el microscopio electrónico, y estaba poniendo en práctica técnicas avanzadas de diagnóstico en patología y en microbiología. Lo que ha pasado desde ese tiempo está claramente recogido en este nuevo libro. Su vida como investigador es mucho más amplia que este libro como también lo es la de los demás que han participado en la escritura y edición de este libro, aunque creo que recoge buena parte del esfuerzo que el doctor Rodríguez ha hecho, tal vez desde antes de que me dictara esa primera clase que nunca se me olvidará.

Es por todo esto que para mí, como bibliómano que soy, es un placer estar aquí en este momento, tener este libro en mis manos, sentirlo como un libro físico y no como una pantalla de computador y saber que estoy, una vez más, en frente de un hito bibliográfico, artístico, científico, educativo y personal.

Emilio Quevedo
Subdirector de Investigación y Desarrollo, INS